

Sin título, 1938.
Gouache.

El Murmullo

(Condición y destino del artista)

Francis Ponge

Traducción: Martha Block

La ciencia, la educación, la cultura son para el hombre auténticos beneficios que elevan su vida a un nivel superior: para un francés del siglo veinte negarlo sería demasiado vergonzoso (y, por ello mismo, un poco ridículo).

Sin embargo, sabemos también por propia experiencia que ellas crean muchas necesidades, y sin duda más de las que pueden satisfacer sin descender de nivel.

(Aquí se insertan los intereses mercantiles. Muy pronto todo se convierte en un bazar).

Queda, además, una zona del hombre siempre viva y dispuesta a escapar. Zona animal quizá, o divina... no tengo inconveniente. Zona importante en todo caso. Zona instintiva y orgullosa que no se deja reducir. Aquélla, precisamente, que ha preservado un gusto profundo por el ocio, por el despojamiento, por sus propios recursos y por un bienestar natural.

En síntesis, ciencia, educación y cultura corren el riesgo de acabar en una insaciable sed de reposo, de letargo y de noche, es decir de salvajismo y muerte, si no interviene, en idéntica medida, un antídoto del mismo nivel que arrebate y colme de una vez al hombre entero, que lo sacuda y lo vuelva a colocar en su medio natural, que lo haga padecer hambre y lo alimente, y, en fin, que de verdad lo recree.

Si hablé de un antídoto del mismo género es porque hay otros. "¡Viva la muerte, abajo la inteligencia!" o "cuando oigo hablar de cultura saco el revolver": ¿hemos oído estas cosas, no es cierto? Y cuando digo que todo terminará ... no hace mucho estuvimos cerca.

Pero todo puede acabar también en no sé qué fanatismo de la razón, en qué infatuación de la inteligencia, donde veríamos aparecer la misma brutalidad y que igualmente sacaría el revolver en nombre, esta vez, de la cultura, o las tijeras para castrarse.

Nos acercamos así, al mismo tiempo, a una justificación

objetiva y a una definición de las Bellas Artes (literatura, música, teatro, etc., incluidos).

Tomemos antes, sin embargo, las cosas desde otro ángulo.

Quien quiera que sea el lector de estas líneas, la vida le ha concedido algún ocio puesto que puede leer. Y no sólo la vida, también su pensamiento cuando confía su ocio al pensamiento de otro hombre. (Lector, entre paréntesis, sé, pues, bienvenido a mi pensamiento).

Pero si mi único pensamiento ahora es éste: preservarte en tu ocio, comprometerte con él a mayor profundidad, y si lo logro... entonces tal vez sea un artista.

Por pequeño que sea ese ocio, piensa que lo puedes ocupar contemplando la naturaleza, alguno de tus semejantes o, en fin, tu propio pensamiento. Lo puedes emplear también cantando o silbando algún aire improvisado de tu aldea, bailando, corriendo o ejercitando tu cuerpo. Todo esto es por cierto legítimo, y tú, quizás, te entregas a ello al igual que muchos otros. De cualquier manera, esto no basta en absoluto para diferenciarte de los animales.

Ocurre, sin embargo, que algunos hombres son capaces – Dios sabe por qué – de producir – Dios sabe cómo – objetos en cuya contemplación y estudio puedes ocupar tu ocio profundamente, satisfaciéndolo y colmándolo sin comprometerte en nada más.

En algún momento, aparece ante nosotros uno de estos objetos extraños... Es, no cabe duda, la obra de uno de nuestros semejantes. Está hecho de una materia y con elementos que la naturaleza proporciona sólo por separado o en un estado bruto muy diferente. Ahora bien, este objeto en seguida nos parece interesante, bello, hermoso o sublime. No tiene, en apariencia, ninguna utilidad, pero su consideración o contemplación suscita en nosotros no sé bien qué movimiento del instinto, como si, desde el instante mismo de nuestro encuentro con él, despertara una oscura conformidad de nuestros órganos, liberando, luego, infinidad de sentimientos profundos o elevados. Quisiéramos, entonces, apropiárnoslo o, al menos, conservar su uso para nuestro placer eterno. El uso, en efecto, nos confirma este placer. Deseamos, entre tanto, mostrárselo a aquellos que amamos para hacerlos partícipes del interés que nos inspira. En muchos de ellos produce un efecto parecido. Se nos asegura, por lo demás,

que ése es su único destino, ya que no, quizá, forzosamente la intención de su autor.

Un objeto semejante es una obra de arte. Quien lo produce es un artista. Y parece ser que tales objetos, así como el interés o el amor que inspiran, se encuentran únicamente entre los hombres.

Se dirá, quizá, que avanzamos muy rápido, adelantaré en seguida que estos objetos –espejos y tesoros a la vez– se hallan entre nosotros desde siempre.

Y que no se nos acuse de querer infiltrar aquí la historia, uno de sus lugares comunes más frecuentes. Sería un contrasentido total. Nosotros, precisamente, creemos sólo lo que podemos ver. Vemos las obras maestras del pasado. ¿Y qué podemos decir entonces, si no: he aquí lo más palpable de la Historia y, quizá, todo lo que queda de ella?

Locas serían, pues, las sociedades que desatendiendo una observación secular, expulsaran de su seno a los artistas. Correrían sin duda a su ruina por haber desconocido aquello que en el hombre ocupa el primer lugar: no las opiniones –ni, tampoco, las necesidades–, sino el gusto.

¿Será necesario recordar una vez más que las obras apacibles tienen más poder para transformar al hombre que las botas del conquistador?

Más poder, en fin, añadiré, pensando en el primer artista, que todos los sermones de sus contemporáneos, los cuales, por su monotonía, no podían tener sino un efecto aplastante.

Sobre este último punto, me parece, conviene insistir ahora. Pues bien se ve que la tendencia dominante (no hago referencia sólo a un campo en particular) es subestimar a los artistas, al punto de considerarlos –¿y no es ésta la palabra de moda?– como un tipo de *intelectual*.

Sobre la importancia de su papel y el poder de su contribución, nuestro propósito –se lo ha comprendido de sobra– es otorgarles una consideración más seria y más justa.

No es, de ningún modo, que pidamos para ellos, siguiendo la antítesis común que opone, por ejemplo, la intuición al intelecto, o la convicción al encanto, exclusivamente la condición y la consideración de magos. No: desde nuestro punto de vista encantar y convencer están muy próximos uno del otro, sólo es posible oponerlos como los polos de una molesta argucia.

Sin duda, del mecenazgo al arte dirigido, de la categoría de

bufón a la de ingeniero de almas, del poeta festivo al poeta pensador, de las torres de marfil a la tarima de los mítines, de lo verdadero a lo bello y al bien, y de lo amable a lo útil, la condición de los artistas, desde hace siglos, se ha inscrito entre estos dos términos.

Pero, contrapuestos, estos términos entrañan una idea del hombre que por profundo que sea su arraigo, por impositivamente que hoy se la sostenga, nosotros deseamos despejar.

¿Qué idea? Precisamente aquélla según la cual el hombre sería ante todo una inteligencia a la que hay que convencer y un corazón o una sensibilidad a la que es posible cautivar.

Esta es la idea, más bien humillante a decir verdad, de la que han nacido desde hace milenios, no sólo todas las artes poéticas —ello quizás no sería tan grave—, sino también todas las filosofías, todas las religiones —en apariencia contradictorias— y, en fin, todos los sistemas de educación y de gobierno que se han sucedido hasta aquí, al menos en la sociedad occidental, y en cuyo nombre los pueblos, con mayor o menor fanatismo —hay que reconocerlo—, se evangelizan, se someten o se enfrentan unos con otros.

¿Cómo ha podido arraigar con tanta fuerza en el espíritu de los hombres una idea semejante? Sin duda, porque deriva de otra, en verdad gloriosa, que el hombre parecería haber acuñado poco a poco como imagen de sí mismo en las inmediaciones de Jerusalén, de Atenas y de Roma a la vez, y según la cual su persona sería el lugar, casi divino, en que se originan las Ideas y los Sentimientos —únicas cosas dignas de interés en ese mundo—, y él mismo, en esencia, sería sólo inteligencia, sensibilidad.

Después de todo, uno se explica que el hombre haya considerado esta idea no sólo gloriosa, sino también muy útil, pues le permitió mantener la ilusión de un progreso constante en su conocimiento del universo y en su poder sobre él, así como en la organización de su propia sociedad.

Hay indicios, sin embargo, de que hoy aceptaría con gusto cambiar.

Quizás, como lo dí a entender desde el primer momento, los sermones, las censuras —y ciertas obligaciones que se derivan de ellos— comienzan decididamente a pesarle. Pero más aún sin duda los castigos, en que no fue precisamente avara la última época.

Así pues, muchos desearían cambiar. Comprenden, no obstante, que puede resultar difícil. ¡Cómo renunciar, en efecto, a ser una inteligencia y un corazón! Hay quienes buscan todavía una explicación, más o menos original, que no los obligue a retractarse por completo. Los eximiré de esas teorías de última hora, ustedes las conocen tan bien como yo. Por ejemplo, el mundo sería absurdo: bastaría convenirlo. El sería el culpable y nosotros, las inteligencias, las sensibilidades, saldríamos indemnes con sólo despojarnos de algunas ilusiones. Ni víctimas, ni verdugos: únicamente jueces en el dominio de lo abstracto; un poco tristes, pero orgullosos y con una reserva de fe como para dictaminar cada día una que otra sentencia.

Sin duda, harán falta algunas *novedades* (como suele decirse) más desconcertantes todavía para que la inteligencia y el alma en tanto tales cedan finalmente su lugar. Y que el hombre, en fin, empiece a inquietarse: sus ideas, sus sentimientos, de los que tanto se enorgullece, no saldrán ya como esos hilos de algunos títeres que sostenidos por las manos de algún habilidoso... ¡Qué digo, habilidoso! Es el hombre mismo, convertido en su propia víctima, quien abusivamente decide su suerte según sus ideas. Bajo el influjo de éstas, como en constante estado de ebriedad intelectual, avanza hacia algún lugar fuera del mundo sobre no sé qué andamiaje... ¿Pero por qué decir andamiaje? ¡Un cadalso lo ilustraría mejor!

Sí, algunas hecatombes aún. ¡Ah!, que algunos permanezcan al margen, al menos en lo moral, por haberse empeñado en el esfuerzo por remediar esto solamente: nunca, desde que el mundo es mundo (me refiero al mundo sensible, al mundo como cada día se nos presenta), no, nunca, cualquiera fuera la mitología de moda, nunca el mundo, ni por un segundo, ha suspendido su misterioso funcionamiento. Nunca, sin embargo, en el espíritu del hombre –y precisamente desde que él comenzó a considerarlo sólo como el campo de su acción, el lugar o la ocasión para el ejercicio de su poder–, nunca el mundo funcionó tan poco, ni tan mal en el espíritu del hombre.

Sólo funciona ya para algunos artistas. Si todavía funciona es únicamente para ellos.

Precisamente en este punto debe aparecer el artista y hacer manifiesta para todos la consideración que se le debe.

Spongamos, en efecto, que el hombre, cansado de ser

tomado por una inteligencia (a la que hay que convencer), o como un corazón (al que es posible seducir), se conciba un hermoso día como lo que es: algo, después de todo, más material y más opaco, más complejo, más denso, mejor vinculado con el mundo y más resistente al movimiento (más difícil de movilizar); en fin, no tanto el lugar donde se originan Ideas y Sentimientos, sino, más bien, aquél, menos fácil de violar (incluso por él mismo), donde se confunden los sentimientos y se destruyen las ideas. No le serán necesarias para que todo cambie y que la reconciliación del hombre con el mundo surja de esta nueva pretensión.

Se hará evidente entonces el poder que tuvo siempre la obra de arte sobre el hombre y su eterno amor por el artista, pues la obra de arte es el objeto de origen humano donde las ideas se destruyen, y el artista, el hombre mismo que ha realizado la prueba (mediante la obra) de su anterioridad y su posterioridad a las ideas.

La función del artista es, entonces, clara: debe abrir un taller y tomar allí el mundo para repararlo, por partes, como sea que se le presente. No es que se tenga por un mago. Solamente por un relojero. Reparador cuidadoso del cangrejo o del limón, del frutero o del cántaro, tal es el artista moderno. Irremplazable en su función. Su papel, como se puede observar, es modesto. Sin embargo, no sabríamos prescindir de él.

Pero, ¿de dónde le viene ese poder y cuáles son las condiciones necesarias para su ejercicio? Le viene sin duda, en primer lugar, de una sensibilidad al funcionamiento del mundo y de una violenta necesidad de permanecer integrado a él, pero luego –y esta condición es *sine qua non*– de una aptitud particular para manipular por sí mismo una materia determinada. Porque la obra de arte extrae toda su virtud de su semejanza y su diferencia con los objetos naturales. ¿De dónde le viene esta semejanza? De estar hecha, también ella, de una materia. ¿Y su diferencia? De ser ésta una materia expresiva. ¿Qué quiere decir esto? Que enciende a la inteligencia (pero debe, en seguida, apagarla). ¿Pero cuáles son los materiales expresivos? Aquellos que por sí mismos ya significan algo: los lenguajes. Se trata sólo de que no signifiquen tanto como para que no *funcionen*.

Así, para tomar un ejemplo dentro de las Bellas Artes, la no

significación del mundo puede desesperar tanto a aquellos que aún creen (paradójicamente) en las ideas, que se obligan a deducir de allí una filosofía o una moral. No desesperarían por ello los poetas, sin embargo, pues ellos no trabajan a partir de las ideas, sino diciendo palabras, toscamente. Y de ello no deriva ninguna consecuencia, a no ser una reconciliación profunda: creación y recreación. Porque para ellos el mundo, signifique algo o no, funciona. Y después de todo lo que se les pide es esto (tanto a las obras como al mundo): vida.

Pero todavía hemos de desear que les esté permitido vivirla; luego, a los artistas, que se les permita trabajar. Lo cual significa, en primer lugar, no hacer nada, sumergirse en su ocio fecundo.

Y no digo que haya, por ello, que mantenerlos. No, lo sabemos de sobra: aun en las peores condiciones (como suele decirse) de existencia, el artista se siente existir con tal intensidad que producirá lo que deba producir.

Tan sólo que no se lo acose con amonestaciones y reproches, que no se intente matar en él su pretensión, que no se lo persuada de su no justificación.

Luego, en fin, que se acepte, de ser posible, su enseñanza.

La humanidad tendrá, finalmente, el mismo destino que sus artistas.

Que se permita vivir (a los hombres como a las obras) una resuelta insubordinación respecto de las ideas.

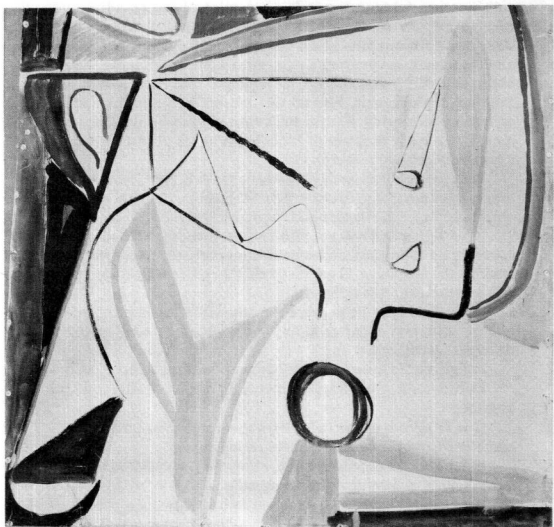
El hombre no es, en absoluto, el rey de la creación; más bien su perseguidor. Perseguidor perseguido.

Perseguidor irrisorio, a decir verdad; aunque no irrisoriamente perseguido.

¿Un animal como cualquier otro? Así lo creo, pero, ¿uno de los mejor dotados? Quizás. Sin duda, uno de los más insensatos. Tanto que, arriesgando alienarse del mundo en su lucha por dominarlo, debe, a cada instante, y ésta es la función del artista, reconciliarse con él por las *obras* de su peza.

(1950)

Tomado de Ponge, Francis; *Méthodes*, Gallimard, 1961.



Sin título, 1946-48.
Gouache.